



HOJUA de PARRA

REVISTA FESTIVA

CARAS BONITAS

SUMARIO

CARLOS MIRANDA
De parranda.

PEDRO MATA
La constancia.

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA
La casa candorosa.

JOSÉ JUAN CADENAS
Una de tantas.

JACINTO CARMÍN
La elegancia y la ilusión.

FERNANDO AMADO
Astucia de mujer.

ANGEL FERNANDEZ PADILLA
Ola de besos.

CLEMENTE DE CASTRO
Ironías de la vida.

JULIO MATA
Mira y no hagas bien.

FÉLIX RECIO
Mis memorias.

TOVAR, DEMETRIO y ALFONSO
Caricaturas varias y retrato de
Elvira Ferrero.



ELVIRA FERRERO

Cupletista muy mona, como ven ustedes...

5 cénts.



SAÑOS Y BUENOS CONSEJOS
PARA JÓVENES Y VIEJOS

«... En concurriendo con Señoras, asoléalas bien, como si fueras á hacer pasas; que con esto, quatro humaredas de incienso cortesano, que te lo venderá qualquier lisonjero, los polvos de *¡quándo soñé yo lograr tal fortuna!*, su poco de aquello de *deidades*, hincar las rodillas á cada instante, hablar mucho y alto, te llamarán discreto; pero cree que en la verdad te quedas un grandísimo tonto...»

Así en mil setecientos
cuarenta y tres
dijo Diego de Torres
Villarroel
en sus *Sueños morales*,
librote que
tiene—á mi humilde juicio—
mucho que leer.

No era el preopinante
rana, ¡pardiez!,
como por lo transcripto
comprenderéis;
pues conocía el flaco
de la mujer,
y lo que se pescaba
sabía bien.

Todo está en nuestros días
lo mismo que
cuando así hablaba Torres
Villarroel;
y es, por lo tanto, inútil

que os esforcéis
en pasar por discretos
con la mujer.

Nada de fililíes
con ellas, pues
son hogaño las damas
iguales que
las de mil setecientos
cuarenta y tres,
y en resumidas cuentas
el tonto haréis.

Lucidlas por las calles
alguna vez,
que lo de asolearlas
siempre está bien;
¡duro y á la cabeza
con ellas, pues;
que el sol no cuesta nada,
como sabéis!

Pero, ¡por Cristo vivo!,
nada de hacer
el tonto con las damas
yendo á cafés,
ó á teatros ó á *cines*,
á no ser que
tales cosas os salgan
gratis también.

Lector: No hagas el tonto
con la mujer,
pues—como dijo Torres
Villarroel—
te llamarán discreto,
pero después
te quedas en “panoli”,
“primo” ó “pagüez”...

Carlos Miranda.

LA CONSTANCIA

I

Hora: las diez de la noche. Lugar de acción: el Retiro, en el pequeño espacio acotado que hemos dado en llamar pomposamente Parque de Espectáculos. Personajes: Felipe Valdés, treinta años, distinguido, gallardo, muy bien vestido. Encarnita la Cartagenera, veintidós años, estupendamente bonita.

(Hablan en voz baja, sentados en dos sillas metálicas, en un extremo de la plazuela, lo más apartados posible del estrépito de la música.)

ENCARNITA.—Es usted un hombre verdaderamente fantástico.

FELIPE.—No, señorita; no lo crea usted; todo lo contrario. Por desgracia mía soy un hombre eminentemente positivista y práctico. Y digo desgracia porque no es mi deseo, sino la vida, la que me obliga á ser así. Crea usted, señorita, que si en mi mano estuviera elegir, yo escogería el oficio de rico. Es el que más me satisface. Pero la vida es implacable conmigo. Diríase que se complace en demostrarme que yo he nacido para no tener nunca dos pesetas.

ENCAR.—Entonces ese traje, esas sortijas, ese reloj de oro..., ese cigarro habano...

FELIPE.—Apariencias, señorita, nada más que apariencias. Precisamente esta es la burla sangrienta de la vida: tener que aparentar ante los demás lo que en realidad no somos. Fingir, mentir, engañar... He aquí todo el secreto de la vida. Sólo mintiendo y engañando se puede lograr la consideración de las gentes. Consideración también un poco falsa, pero sin la cual no se puede vivir. Todo es mentira, señorita. No se fíe usted de las apariencias... ni de las gentes. ¿Usted ve qué público tan distinguido, cuánto caballero elegante, respetable y serio hay aquí? Pues tenga la seguridad de que si nos pusiéramos á registrar bolsillos no reuníamos entre todos ni doscientas pesetas.

ENCAR (riendo).—¡Qué barbaridad!

FELIPE (muy serio).—¡Ah, no tenga usted duda! ¿Usted sabe cuánto dinero hay en Madrid?

ENCAR.—No sé... Mucho.

FELIPE.—¡Ca! Quinientas pesetas.

ENCAR.—¿Nada más?

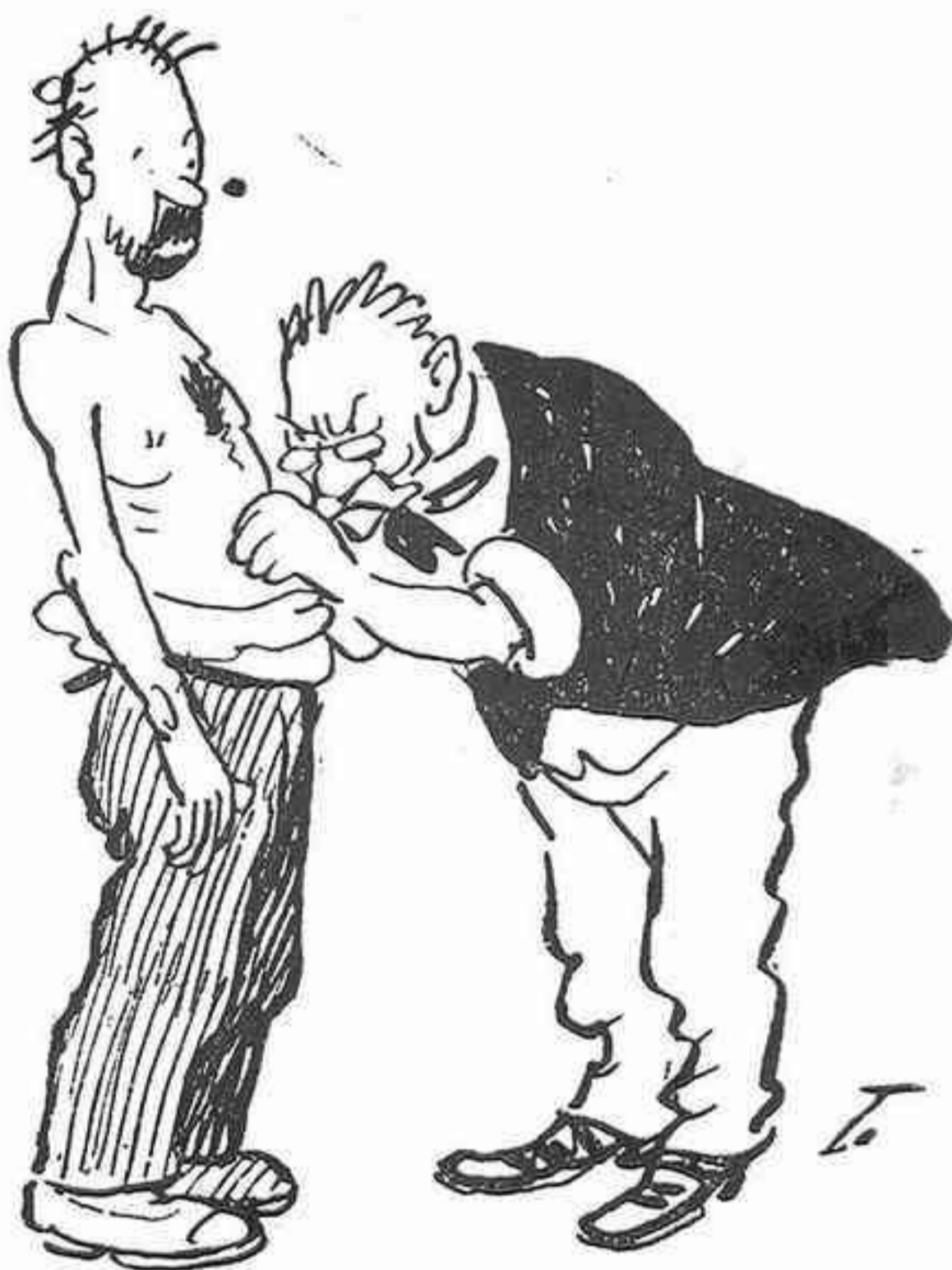
FELIPE.—Nada más. Lo que ocurre es que hoy las tiene uno y mañana las tiene otro.

Y como danzan tanto parece que son más.
ENCAR.—Hombre, por Dios... Quinientas pesetas las tiene cualquiera.

FELIPE.—¿Las tiene usted?

ENCAR. (sonriendo).—Acaso sí.

FELIPE (acercándose á ella y bajando la voz).—Pues guárdelas muy bien, porque se



—No, si el ruido no es por ese lado; es por el otro.

va á quedar sin ellas. Les está llegando la hora de cambiar de dueño.

ENCAR.—Me asusta usted.

FELIPE.—No. ¿Por qué? Es la ley del dinero. Ir y venir. ¿Se van? Ya volverán. Además, que el dinero es una cosa convencional.

ENCAR.—¡Hombre, convencional!...

FELIPE.—Completamente convencional. El dinero en sí no significa nada. Está en relación con las necesidades que tenemos. Si hoy, por ejemplo, en que usted se siente poderosa y rica—ya he dicho antes que para mí quinientas pesetas significan la cifra ideal de una fortuna—si yo hoy cometiese la grosería, la incalificable grosería de ofrecerla

veinticinco pesetas por que me cediese lo que resta de noche, usted seguramente me enviaría con cajas destempladas.

ENCAR.—Seguramente.

FELIPE.—Por eso me libraré yo muy mucho de hacerlo. Pero figúrese usted—esto no es más que una suposición—que un día cualquiera, uno de esos días aciagos en que usted se encontrara ahogada por un apuro del momento, yo me la encontrara casualmente, inopinadamente, y la ofreciera, no digo ya veinticinco pesetas, diez...

ENCAR. (poniéndose en pie muy indigna-



—¿Me deja usted moverme, maestro?!

—Aguarda un poco, que tiempo nos queda.

da).—¡Caballero!... ¿Usted con quién se figura que está hablando?

FELIPE (sin moverse).—Pero, señorita, si sólo es una suposición...

ENCAR.—Hay ciertas cosas que ni en el terreno de las suposiciones se pueden tolerar. Es usted un grosero.

Le mira de alto á bajo, da media vuelta y se aleja lentamente con la dignidad de una reina ofendida.

II

Ocho días después. Encarnita y una amiga suya, Lola Villar, están en el balcón. Acodadas en los hierros, miran distraídas la calle. Por la esquina inmediata, contorneando el cuerpo, gallardo y distinguido,

aparece Felipe Valdés. Viene mirando á los balcones. Al pasar frente á ellos se quita el sombrero, sonríe, levanta la mano y como quien hace una seña convenida, muestra dos dedos rígidos. Encarnita vuelve la cara con un gesto indefinible de malhumor y de disgusto, da un respingo y se mete en el gabinete.

LOLA (entrando detrás de ella, un poco asombrada).—¿Qué te ocurre?

ENCAR.—¡Pero no has visto!

LOLA.—¿Quién? ¿Ese que ha pasado?

ENCAR.—Sí; el del Retiro.

LOLA.—¡Ah!... ¿Es ese? ¡Pero que tíos hay más sinvergüenzas!

ENCAR.—Pasa todas las tardes á la misma hora y me hace la misma seña: dos... dos...

LOLA.—¿Qué se habrá figurado?

ENCAR.—No lo sé. Mira, á mí me pone tan nerviosa, que cualquier día le tiro un tiesto.

III

Ha transcurrido un mes. Encarnita, sentada en una butaca, lee LA HOJA DE PARRA. Suena un timbre y poco después se abre la puerta del gabinete y entra la doncella.

ENCAR. (Tirando el libro y saliendo al encuentro de la chica).—¿Qué te han dicho?

DONCELLA.—Que lo último son veinte pesetas y que si la quiere usted que mande en seguida por ella porque la tienen ya comprometida.

ENCAR.—Anda, ve y dí que la guarden hasta mañana.

DONC.—Ya lo he dicho, señorita; pero no quieren. Dicen que sólo pueden esperar hasta esta noche.

ENCAR.—¿A que me quedo sin la blusa? Vamos, ¡tendría que ver!...

DONC.—Tiene la señorita blusas muchísimo mejores.

ENCAR.—Sí; pero es que me gusta esa. Es un capricho... Y el caso es que no tengo más que dos duros. Tú... ¿no?...

DONC.—Ay, señorita; si me lo hubiera usted dicho anteayer.

ENCAR.—¡Tomal... Anteayer tenía yo todavía cien pesetas.

DONC.—Se lo dí todo á mi madre.

ENCAR. (Paseando pensativa, con la cabeza baja, mordisqueándose una uña).—Dos duros..., dos duros... ¿Y de dónde saco yo ahora dos duros?... (Sonriendo de pronto como inspirada por una idea salvadora)... ¡Ah!... Oye: baja al portal, y cuando veas venir á ese señor que pasa todas las tardes, dile que haga el favor de subir.

Pedro Mata.

LA CASA CANDOROSA

PAREJAS tristes y torpes, no busquéis un refugio destructor y doloroso á vuestro cariño; no escojá's la Casa Roja esa, tan grande y tan cinica, en que vuestro amor resultara obra de una fábrica común; no escojáis esa casa en la que sólo falta la alti chimenea humeante; no entréis tampoco en todas las

otras, todas lesi.as de la castidad de vuestras mujeres, trágicas por vergonzantes, con aires por dentro de hotel francés, con *muchos* cuartos, *muchos* timbres y *muchos* pasajeros, *muchos* visiblemente. Abominad de todas esas casas con un número muy grande y muy llamativo, demasiado industriosas y demasiado llenas de instigaciones celestinescas y adúlteras para vuestra mujer; tened el temor de su dintel como un temor de infidelidad y buscad siempre esa casita que yo sé; la Casa Candorosa, á la que llevaré á mi esposa vestida de azahar desde la iglesia, en vez de conducirla á la alcoba nueva de nuestra casa, sin el ambiente

dramático y denso que necesita el amor; una alcoba, nada desgarradora ni intensa, que nos habrán preparado las familias.

Esa casita candorosa tiene un blasón borrado en la portalada; no tiene más que piso bajo y un sótano, aplicado al uso de una familia obrera y sigilosa, que se alumbrá con aceite. El camino de ella tiene iglesias antiguas, palacios y faroles de gas a narillo.

A veces se puede coger la calle del Sacramento, tan sacramental, tan casta y serena, ó por Puerta Cerrada, caminar conmovidos por la sombra de su gran cruz de piedra hasta encontrar la calleja en cuesta, esa ca-

lleja que pierde nuestra sombra, despistándola y dejándola fuera, dándola el esquinazo que necesita poder dar la virtud recatada del amor, que es más grande y más cierto y más inefable cuando más aislado se siente de las vecindades, de los órdenes y de los empadramientos. Ya dentro de la Casa Candorosa, pedid el número "3" con su cama matrimo-



El curda.—¡Cuando veo una gachí de estas, me se vá la cabeza!

nial é ingénu.a, de esas camas con corona en lo alto y cubiertas de muselinas, recogidas con gracia por cintas rosas; apagad la luz eléctrica, subir el estor y alumbraros de la luz de la calle con un solo farol, luz que os entrará por una ventana alta, con la reja gruesa y antigua y con macetas hasta mitad de ella. Sed refinados, sufrid ese placer de sentimientos escapados á las hipocresías y á las costumbres, dueños como en ningún sitio de vosotros mismos, escépticos de vuestra propia casa y de su burguesía, dados sólo al drama de la pasión; dormid ahí vuestra noche de bodas, porque ahí todo es honesto y lejano

y el mismo impreso que cuelga en un rincón no os defraudará, porque comienza:

"SE RUEGA Á TODOS LOS QUE HONRREN ESTA CASA..."

Ramón Gómez de la Serna.

¿QUE QUEDRÁ?



El.—Si cortándome la coleta te doy gusto, me la corto.

Ella.—Pues *tas equivocao*; porque si te la cortas, no me darás gusto.

UNA DE TANTAS

Ni ella me dijo su nombre,
ni yo me mostré impaciente,
ni me tomé el más pequeño
trabajo por conocerle.
De sobra me figuraba
que hubiera sido imprudente
llevar la conversación
á tema de tal especie...

Era una linda muchacha muy coqueta y muy alegre; donde ella estaba no había dolor ni penas crueles, pues sus risas disipaban la tristeza de la gente.

Gozando una libertad de que hacía gala siempre, ningún hombre consiguió lograr que se sometiese... Libre como el aire, nunca se entregó al amor de suerte que encadenara su vida y su libertad perdiese.

Aquel pájaro sin nido, aquella rosa silvestre que despreciaba á los hombres y que odiaba á las mujeres, supo atraer mis miradas tanto, que distintas veces solicité sus favores, siendo desdeñado siempre...

¡Siempre, no!... Que, al fin, la diosa se humanizó de repente y, magnánima, dignóse sus ternuras concederme ..

¡Ay! Bien conservo el recuerdo de aquel amor dulce y breve, sin lágrimas, ni tristezas, ni decepciones crueles; de aquel amor que nació y murió rápidamente en mi pecho, por aquella muchacha joven y alegre, que en el transcurso de un día sólo me engañó... tres veces...

*

¡Cuántas veces en la vida, cuando he sufrido desdenes, y humillaciones, y agravios, y lances impertinentes; cuando he visto que, al morir un amor, mataba siempre alguna ilusión rosada ó alguna esperanza alegre, he recordado con pena aquel amor dulce y breve.

¡Cuántas, también, al tratar con otras muchas mujeres, pérfidas, y enamoradas, y traidoras y crueles, he vuelto la vista atrás recordando dulcemente á aquella linda muchacha tan coqueta y tan alegre, ¡que, en el transcurso de un día, sólo me engañó... tres veces!

José Juan Cadenas.

LA ELEGANCIA Y LA ILUSIÓN

COMO aquel ser extraordinario y fuera de todo abono que Santiaguito Arimón presentó en Madrid, Paco Cayuela, el actor de la compañía de la Guerrero, en quien era una manifestación de elegancia fumar cigarrillos verdes y llevarlos guardados en un bolsillito que se había hecho preparar en los calcetines, hay hombres que vuelven locas á las mujeres sólo por el postín con que saben presentarse.

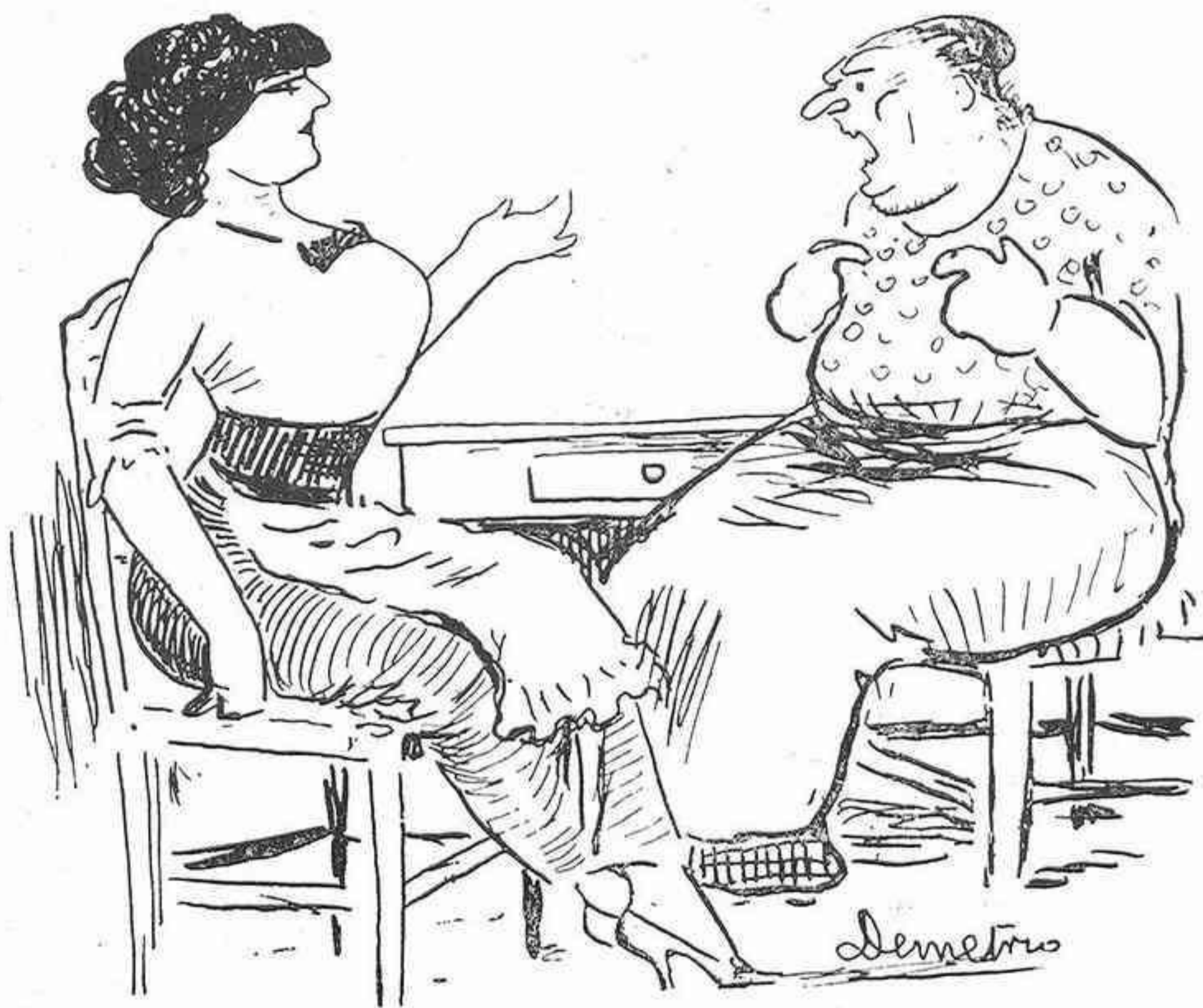
El equipaje es la salvación de muchísimos tenorios, y el que determina en ocasiones triunfos en los cuales nadie creería.

Yes que la mujer se paga mucho del exterior y tiene siempre una sonrisa para aquél que lleva gabán de pieles, chistera, cuello bien almidonado, botas de charol, corbata de raso con tornasoles vivísimos... y cigarrillos verdes guardados en los calcetines.

Esto sin contar con los perfumes, cosméticos y demás detalles de tocador que avaloran la personalidad del hombre pulcro y curioso. Claro está que hay algunas, con tan buen sentido de la realidad, que huyen todos esos refinamientos y se fijan, principalmente, en el cuello robusto donde se marquen las venas hinchadas de sangre plétóricamente, unos bisceps enérgicos delatándose por debajo de la manga del chaquet ó de la americana y un pecho amplio y extenso, capaz de contener un corazón tamaño

como el palacio Real de la plaza de Oriente. Pero éstas son las menos; las más son las que se enamoran del figurín. Y el figurín ¡suele dar cada desencanto!

Manolo Rubio es un *habitué* de los bastidores del teatro Cómico desde que el invierno pasado lo presentó una noche Pepe Loma. Le tenéis allí siempre, luciendo su garbo y



—Madre, me han dicho que lo piense bien mi hermana antes de casarse con ese tío, que es de los que tiran la vajilla á la cabeza.

—Yo te aseguro que delante de mí no se la tira.

su elegancia entre tiples y coristas, oliendo á esencias desde dos metros antes de acercarse á él y llevado sobre su persona el último detalle inventado por la última moda. Llama la atención, en una palabra, y todas se disputan el gusto y el honor de acercarse á él y de estrechar su mano enguantada con arreglo á todas las de la ley. Por esto, y nada más que por esto, ha conseguido lo que otros no han



—Es que si yo dejo á la *Sinfo* que sea modelo de ese pintor, es porque está haciendo de Primavera *pa* un cuadro.

—Pues entonces el que hace de primavera eres tú.

podido conseguir. Y no quiero citar *casos* por no avergonzar á las interesadas. Pero vengamos al último de todos, y del cual estoy en antecedentes por habármelo contado sin reserva ninguna la *prójima* que ha sido protagonista del lance.

—¡Chico, qué desengaño!—me decía.

—Pero explícate mujer; ya sabes que conmigo tienes confianza para eso y para mucho más.

—Ya lo sé, y por lo mismo no he de ocultarte ni uno solo de los detalles del caso.

—Venga de ahí.

A mí, Manolo Rubio me tenía encantada: es un hombre á quien no hay que negarle el atractivo de la presentación, además de que tiene una labia muy fina y de mucha trastienda.

—Es verdad.

—Además, tú sabes que ya está una harta de barítonos presumidos, bajos groseros, empresarios brutos y periodistas desconsiderados.

—Eso último no lo dirás por mí

—No, hijo mío: tú eres una excepción de la regla y ya, sabes que todas te conceptuamos como de la familia.

—Gracias... aunque maldito lo que me honra el parentesco.

—Pues verás: me dió por hacerle cara á Manolito Rubio, y después de una semana de tiroteo, le di permiso para que fuere un día á verme. Ya sé yo que Manolo Rubio no es un pollo ni mucho menos; sino que se trata de un gallo ¡con espolones! Pero, hijo mío, jamás pude yo imaginarme que pasara de la categoría de gallo. ¡No puedes imaginarte la desilución que me proporcionó!

—Pero ¿cómo fué eso?

—De la manera más sencilla que puedas imaginar.

—Es que tú tal vez serías con él exigente.

—¡Nada de eso! Mi desilución comenzó desde el instante en que le ví quitarse el sombrero primeramente; el abrigo después y así.. ¡hasta la barba!

—Pero ¿todo es postizo?

—¡Todo absolutamente! Entre bastidores da gusto verlo, á la luz de las candilejas y armado con todos los primores de guardarrropía con que él sabe presentarse.

—Entonces, ¿qué le queda?

—¡La lengua nada más, hijo mío!

—En ese caso ¿qué has hecho? ¿Romper con Manolito Rubio?

—¡No, ca! Le he dicho que cuando venga á verme no se quite ni el sombrero siquiera.

—¿Pero tú?...

—Yo, sí...

Jacinto Carmín



—Es que en lo sucesivo, ¿á quién darán mis hijos el nombre dulce de padre?

ASTUCIA DE MUJER

DESDE Pontevedra, su ciudad natal, vino á Madrid Eugenio Rodríguez para establecer una taberna en la calle de las Aguas, número 78. Antes habría consentido arruinarse, que permitir conservar los mostos de su bodega la mancha original que toda cosa, desde Eva, trae al mundo. Pero Eugenio disimulaba prudentemente sus ideas tras la dulzona labia de la tierra, y decía constantemente:

—Garantizo á ustedes la pureza de mis vinos y la legitimidad de su origen.

Numerosos compradores, seducidos, á pesar de la aspereza de los vinos en cuestión, por la aparente sinceridad del tabernero, formáronle pronto una clientela seria y constante. El negocio marchaba viento en popa; pero no tanto como quería la ávida codicia de Eugenio, quien, alentado por el éxito, sin pudor, vergüenza ni tino, fué cada día falsificando más abominablemente el contenido de sus corambres. Gracias á varios casos de intoxicación producida entre su clientela, presentóse una mañana en su casa un inspector para recoger varias muestras de vino, que fueron enviadas al laboratorio municipal. Según el análisis, el vino no solamente contenía fuchina, sino que estaba compuesto con una porción de drogas nocivas para la salud pública. Mediante la eficaz intervención de un edil tahonero, á quien el pontevedrés había conseguido muchos votos, el negocio, por muy buen arreglo, se tradujo para Eugenio en 500 pesetas de multa y un mes de cárcel.

El hombre, á pesar de ser de la tierra, se conforma con la multa; pero la prisión le sacó de tino. Cuando saliera de la cárcel, ¿no le arrojarían todos á la cara su infamia? Ante tan horrorosa perspectiva, un escalofrío erizó su ruda epidermis y quedó sumido en la más negra de las aficiones. ¿Cómo salir del atolladero? Discutido el asunto bajo sus aspectos, Rodríguez de acuerdo con su mujer, gruesa, morena, de mirada atrevida y labios sensuales, se detuvo en esta solución:

—Ya que no hay medio de evitar el arresto, para que nuestra clientela no comente mi ausencia, fingiré un viaje á la tierra.

—Bien discurrido, Engenio—contestó la mujer.

—De este modo, nadie me supondrá á la sombra... Pulqueria, cuida mucho de justificar esta especie.

—Yo anunciaré mi viaje para mañana.
—¿Qué largo me va á parecer el tiempo de nuestra separación!

—No tanto como á mí—replicó Eugenio. Al otro día, después de despedirse de su mitad con toda la ternura que exigían las circunstancias, fué á decir adiós á varios amigos.

—Vengo á daros un apretón de manos—



— ... ¿Hace?

—¡Ay, hijo, me cuesta á mí más!

les dijo el tabernero—porque me voy esta tarde á Pontevedra.

—¡No será sin beber antes con nosotros una copa, Eugenio!—le contestó uno.

A tal punto llegaron las libaciones y tanto fué el enternecimiento de los camaradas, que al día siguiente, á las diez, hora de presentarse en el juzgado, Eugenio dormía aún como un bendito sobre el banco de una taberna su formidable borrachera.

Durante las primeras horas de la mañana

presentóse en su casa una pareja de agentes.

—¡Abrid en nombre de la ley!

Después de unos minutos de espera y de un segundo llamamiento más imperativo, la mujer de Eugenio, en camisa, abrió la puerta.

—¿Qué desean ustedes?—preguntó Pulqueria.

—Queremos hablar con su marido de usted.

—No está en casa en este momento.

—¿Quiere usted burlarse de nosotros?

—Nada de eso.

—¡Aquí está su pantalón!—añadió el agen-

LOS TIMIDOS



—¿Conque no tienes novia, siendo tan guapo?

—No, señora; pero en cuanto salga de aquí, me caso.

te entrando y señalando uno que había sobre un a silla.

Luego, invadiendo la alcoba, vió acostado á un joven moreno que ocultó la cabeza bajo las sábanas.

—Vamos, Eugenio, levántese usted.

—¡Pero si no soy Eugenio!—contestó [e infeliz.

—Dése prisa, que no podemos perder el tiempo.

La mujer, enrojeciendo, intervino entonces.

—Aseguro, señores, que este joven no es mi marido.

—Déjese de historias y de burlas, buena mujer. Le conocemos demasiado...

Y dirigiéndose al acostado, continuó con dureza:

—Vístase usted en seguida.

—¡Pero señores!...

—¡Basta de charla! Ya se explicará en el Juzgado.

Cinco minutos más tarde, con el rostro cariacontecido y andando entre los dos agentes, nuestro joven salía de la taberna. En la puerta, la gruesa Pulqueria le dijo al oído algunas palabras.

El preso, después de vacilar, contestó:

—¡Sea por ti! Haré cuanto quieras, aunque es bastante duro lo que me propones.

Al mediodía, despertó Eugenio. Disipada su embriaguez, acordóse de los motivos que le habían hecho abandonar su casa y reprochándose su debilidad dirigióse al Juzgado más que aprisa.

—¿Qué quiere usted?—le preguntaron allí.

—Constituirme prisionero.

—¿Cómo se llama usted?

—Soy Eugenio Rodríguez y...

El encargado de la oficina le miró severamente.

—Eugenio Rodríguez está en la cárcel desde hace cuatro horas.

—¡En la cárcel!

—Sin duda. Y no me explico la razón de su presencia aquí. Si es una superchería lo que le ha traído, no la intente de nuevo porque se le enviará también á la cárcel. Puede usted retirarse.

Cuando entró en la taberna, dijo á su mujer con aire confuso y embarazado:

—¡Vaya una aventura, Pulqueria!

—¿Qué sucede?

—No han querido encarcelarme.

—¡Ah!—dijo la mujer escuchando más atentamente.

—Sí, bajo pretexto de que Eugenio Rodríguez está preso desde esta mañana.

Pulqueria exclamó con aire de triunfo:

—¡Ya lo sabía!

—¿Lo sabías?

—Sí. El prisionero es tu sobrino Claudio. Enterado de nuestro apuro y no teniendo que hacer, el generoso joven no ha dudado un instante en sacrificarse en tu obsequio... ¡Te ha sustituido, eso es todo!

Eugenio sintió que sus ojos se humedecían.

—¿Claudio ha hecho eso?

—¡Dios mío! ¡Es cosa muy sencilla! Traté de disuadirle de su propósito; pero no he conseguido vencer los generosos impulsos del muchacho.

—¡Y yo que algunas veces lo he tratado mal! ¡No me lo perdonaré nunca! Pulqueria, ¿cómo te parece que le probara mi reconocimiento?

—Eso es muy fácil. Ya que no tenemos hijos, haciéndole vivir con nosotros y asociándole á nuestro negocio.

—Buena idea, Pulqueria... De ese modo formará en lo sucesivo parte de la casa.

Una sonrisa maliciosa contrajo los labios sensuales de la gorda Pulqueria, que, mirando con desdén á su marido, contestó:

—Y todo marchará entonces perfectamente.

Fernando Amado.



OLA DE BESOS

¡Bésame! ¡Dame un beso en la frente,
que recuerde los años aquellos
que mi madre también me besaba
con sus besos tan puros, tan tiernos;
como besos nacidos de un alma
cincelada por los sufrimientos!
De un alma de madre, que augura
de su hijo, en la vida, el sendero
que los hombres antiguos sembraron
de dolores y luchas sin cuento.



¡Bésame! ¡Pon tu boca en mis ojos!
¡Bésame con tus labios bermejos!
¡Con tus labios, que guindos parecen,
en los ojos, ¡por Dios!, dame besos!
Besos castos de púdica virgen,
cual de pájaros leve aleteo;
perfumados de esencia de alma,
de dulces caricias, de ensueños;
que añoranzas me traigan de un día
que las gentes dichosos nos vieron.
¡Esas gentes que envidia nos tienen
al saber cuán los dos nos queremos!



¡Bésame! ¡Dame un beso en la boca!
¡Bésame con tus labios de fuego,
que mi alma se abraza al contacto
de la llama voraz de los besos

de tus labios, que muerden besando;
como besos de amante con celos!
¡Que evocar los tormentos me hagan
del Dante sublime en su infierno!
¡Que yo sienta tus labios voraces
gravitar en los míos, sedientos
de placeres que rasguen el alma
á la vez que trituren el cuerpo!
¡Que se fundan nuestros corazones
en la llama voraz de tus besos!!

Angel Fernández Padilla.



—Señor Isidro, esa «desabrigada» se parece á su mujer.

—¡Rediez! ¿En qué lo has conocido?

—¡En el perfil!

LEA USTED EL JUEVES
LA PRIMERA MOSCA

Novela por ANTONIO VIÉRGOL

(EL SASTRE DEL CAMPILLO)

20 CÉNTIMOS

IRONIAS DE LA VIDA



Rosita le preocupaba hondamente el porvenir del chico. Robusto y muy fuerte crióse, físicamente; en lo intelectual no podía ser de naturaleza más enteca y raquíca. Esto pensaba Rosita, y pensaba con razonada lógica. En aquellas noches eternas, entre golpes de tos y ahogos producidos por el asma, la pobre, pensando en



Demetrio

El viejo.—¡Ay si fuera un caramelo!

él, remontaba sus pensamientos hasta el día de su nacimiento, progresivamente, año tras año, traíalos y pesábalos en el dieciséis de su vida. Escrupulos de monja asaltaban á la solterona... remordimientos de conciencia por aquel estado del intelecto del joven; pero en cambio gozaba pensando, "que la buena semilla, plantada en su corazón, germinó y daba como frutos buenas obras..."



El diablo fué el autor de aquel alboroto. La pobre Rosita, torturada continuamente con remordimientos de conciencia, veíase

actualmente atormentada... con horribles tentaciones.

La vil, la baja, la flaca carne, aquella carne tan mortificada y al parecer obediente, rebelóse muy pronto, y gritaba; y se enfurecía, y Rosita, teatro de aquellas luchas, sufría espantosamente...

Los accesos de tos antojábansele ahora gruñidos del demonio; los ahogos, heraldos de segura y eterna condenación... Todo su ser parecía respirar concupiscencia y pecado, pecado tremendo y horroroso, si se considera y medita la causa inmediata de aquellos trastornos.

Antoñito, el sobrino, pensaba también y sufría tentaciones, aunque no combatiéndolas, sino por el contrario, hasta recreándose y complaciéndose en ellas... El acostarse mientras se desnudaba, cerraba los ojos y... redondeces exquisitas, ojuelos picarescos y tentadores, boquitas frescas y coloradas, todo esto veía entre nubes...

Y al zambullir su cuerpo entre las blancas sábanas, se estremecía nerviosamente, respiraba con ansia y quedábase al poco tiempo profundamente dormido...



La pobre Rosita aquella noche sufría y sufría, y los golpes de tos se empalmaban y los ahogos no tenían descanso. Pensó en morir y pensó bien, pretendió gritar, y sus gritos, ahogados, se confundían con la tos.

En el cuarto de Antoñito, entretanto, sus sueños eran tangibles realidades. Se abrió el templo del amor, y su sacerdotisa fué una criadita joven y robusta, con aquellas redondeces, bocas y ojos tantas veces soñados... Rosita iba poco á poco agotándose y veía que su agotamiento era la obra de su Naturaleza contrariada que, al verse defraudada en su destino, da la muerte en vez de otorgar la vida; y Antoñito, por el contrario, bajo aquel mismo techo, abría sus pulmones al aire fresco de la vida. Y mientras el sobrino la conocía, la tía, la que tan sólo la conoció de vista, despedíase de ella, complaciéndose ésta en ofrecer un contraste, irónico tal vez, que nos hace reír y llorar...

Clemente de Castro

LEA USTED EL JUEVES

LA PRIMERA MOSCA

MIRA, Y NO HAGAS BIEN...

SIEMPRE fui muy aficionado á las doncellas, ora de labor, ora de las otras, aunque bien meditado todas resultan de labor á la postre. y entre las aventuras grandes y pequeñas que me han ocurrido con motivo de esta afición, que Dios me conserve, voy á relataros una, acaecida la semana pasada.

Habíame enamorado hasta lo más recóndito de mi persona, de una doncellita preciosísima, graciosa y admirablemente formada, y como no gusto de amar en secreto, por ser cosa bastante insulsa, apenas me sentí enamorado, decidí ponerlo en conocimiento de la doncella para su satisfacción y efectos consiguientes.

Purita, que así se llamaba el objeto de mis ansias, accedió de golpe y porrazo á mi demanda, que no podía ser más platónica y espiritual, y ofrecióse á mí como una paloma completamente cándida, ó lo que es lo mismo, como una doncella en todas las acepciones del vocablo.

Amámonos varios días con un platonismo digno de ser cantado por Homero; pero llegó el instante terrible en que la deleznable materia quiso imponer sus privilegios. En vano traté de someterla; en vano la hice ver que la doble ó quizá triple doncellez de mi amada merecía todos los respetos; en vano le anuncié que apelaría al cilicio... Todo fué inútil: el platonismo sucumbía ante el amor perfecto; la doncella de labor debía temblar dentro de su inocencia amenazada.

Rojo de vergüenza y de temor, atrevíme una tarde á declararle la existencia de un nuevo anhelo de naturaleza diferente de los que hasta entonces me acometieron, y ¡oh,

sorpresa agradabilísima! Purita se arrojó en mis brazos protegida por las primeras sombras de la noche, que ya invadían el portal donde tenía lugar el idilio, y confesóme que también á ella la había acometido una fiebre semejante, que el amor infinito que sentía por mí la impulsaba á realizar todo género



—Te participo que aquel ofrecimiento de las mil pesetas me viene ahora muy bien.

—A tí, sí; pero al que ya no le viene tan bien es á mí.

de sacrificios y que no tenía valor para negarme cosa alguna. Mi caballerosidad era su único consuelo, su defensa única.

Como ustedes comprenderán, puse mi gómez-hidalguía doce codos más alta que la del caballero Bayardo, el hombre sin tacha y sin miedo, y juré á Purita por las cenizas de todos mis antepasados, que antes se alteraría el equilibrio interplanetario y el internacional, que jamás la abandonaría, sucediere lo que sucediere. Mi caballerosidad aceptaba todas las responsabilidades.

Como Purita era un arcángel bajo la forma corporal de una doncella de labor, declaró indiscutible mi caballerosidad y dejóme que

depositara un beso sobre sus rojos labios, que el deseo estremecía apasionadamente.

Resumiendo, mis queridos lectores: Purita resultó una mujer adorable y el amor llenó nuestras almas de una felicidad sin límites. Nos amamos durante muchos días, sin tregua ni sosiego, creyendo que aquella dicha sería eterna y duraría por lo menos lo que nuestra existencia.

Pero nada hay eterno; los astros cambian



—¡Ay, Pilita! ¡En las manos de usted está lo que constituiría mi felicidad!

—Pues me parece que está en las de usted.

repentinamente de posición en el espacio; las monarquías se derrumban; las doncellas de labor dan unos micos espantosos, y los idilios se convierten en elegías y aun en he-rejías.

Una noche, en el momento en que me despedía de Purita, díjome la interfecta con amorosa voz:

—¿Ya te vas?

—Sí, divina libélula—contestéle.

—Pues sabes que te amo, que te adoro más que nunca y que el recuerdo de estas

tres semanas de amor vivirá conmigo mientras yo viva.

Confieso que me extrañó sobremanera esta especie de alocución pasional y que me entró una sospecha horrible. Rápido como el pensamiento, encendí una luz y la acerqué ansioso al rostro de mi adorada Purita.

La palmatoria desprendióse de mis dedos y sentí como una argolla que me apretaba la laringe. Había amado durante tres semanas á la señorita de Pura, una doncella de cincuenta y dos años, cuatro meses y veintidós días!

¡Es la única obra de caridad de que me arrepiento sinceramente!

Julio Mata.

SUCEDIDOS...

Hace varias noches, después de haber comido la morena Camila con uno de sus más íntimos amigos, uniése á ellos un muchacho poeta cuya conversación resulta siempre amena, aunque abunden en ella los ripios, y les invitó á dar un paseo por la Castellana.

Tomaron un coche, y á pesar de las amenidades del poeta y del natural ingenio de Camila, la conversación languideció al cuarto de hora y quedaron silenciosos los tres.

La Naturaleza les inspiró de pronto. El cielo estaba limpio, cuajado de estrellas, entre las cuales brillaba la luna con una luz calenturienta. El poeta miró al cielo y exclamó:

—¡Pobre luna! ¡Qué pálida está!

Y contestó Camila, entre inocente y bur-lona:!

—¡Cómo quiere usted que esté, si pasa tantas noches sin dormir!

EL PAN DE CADA DÍA...

En el extenso expediente de un homicidio á traición, escribió la acusación el fiscal correspondiente; el cual, impensadamente ó por aclararlo más, puso en la causa, además, como cláusula importante: "Es circunstancia agravante que le ha dado por detrás."

Francisco Pedrosa.

MIS MEMORIAS DE VIEJO CASTO

ESTOS días septembrinos, en que comienzan á cerrarse los balcones que estuvieron durante el verano abiertos de par en par, descubriendo muchos *interiores*, me traen á la memoria una predicción terrible que, desde tiempo inmemorial, pesa sobre mí.

— Tendría yo trece años... (cálculense ustedes lo que ha llovido desde entonces) cuando mi buena madre me anunció, entre lágrimas y gritos de cólera, que yo habia de morir en un patíbulo... ¡!...

Las otras noches, hablando con Fernández, el verdugo de Madrid, le miraba yo, pensando:

—¿Tendrás que andarme tú alguna vez en la garganta?...

Claro es que todas las probabilidades mueven á contestar negativamente; pero, en puridad de verdad, nada terminante y definitivo puede decirse aún, ya que el porvenir es una interrogación que el destino nos lleva colocada delante de las narices.

La predicción de mi madre, sin embargo, no fué hecha á humo de pajas, y véase cómo establezco conexiones bien seguras entre aquella y el calor que ahora nos aligera de ropa. Estudiaba yo por aquel lejano entonces Historia de España y segundo curso de Latin, en Toledo. Otro muchacho de mi edad, llamado Joaquín Artero, y yo, vivíamos en calidad de medio pensionistas en cierta casade la calle de Hombre del Palo, cuya

dueña era muy amiga de nuestras familias. Ella, la excelente doña Felipa, ejercía sobre nosotros potestad casi maternal: cuidaba nuestra ropa, nuestras matrículas y los libros de texto, tenia derecho á intervenir en nues-



—Anda, llévame al *Petit Café*.

—Quita, eso es muy ordinario; te llevaré al Gran Café que va mejor gente y dan más azúcar.

tras menores distracciones y á registrarnos los bolsillos... Doña Felipa habitaba una habitación inmediata á la que Joaquín Artero y yo ocupábamos. Una noche de Junio, Joaquín me dijo:

—¿Quieres ver en cueros á doña Felipa?...

—Sí—repuse alborozado,—¿cómo?

—Por aquí. Mira.

Lea usted el jueves en **EL LIBRO POPULAR**

LA PRIMERA MOSCA

Novela por **Antonio Viérgol**

(EL SASTRE DEL CAMPILLO)

20 CÉNTIMOS

Y levantando un número del semanario taurino *La Lidia*, que teníamos sujeto á la pared con cuatro alfileres, mostróme un agujerito tamaño como una monedita de á céntimo, desde el cual se veía perfectamente casi todo el lecho de nuestra pupilera.

—Si quieres proporcionarte otro observatorio como éste—agregó Joaquín,—coge esa barrena y trabaja. Doña Felipa ya no puede tardar.

Animado por esa curiosidad calenturienta que inspiran á los niños las mujeres desnudas, puse manos á mi obra y el delgado tabique quedó atravesado. La aparición de doña Felipa en su dormitorio, prodújonos agitación inmensa: habíamos apagado la luz para exaltar la grandiosidad de la voluptuosa visión, y permanecíamos inmóviles, esperando la solución del misterio inefable. La vimos despojarse de la blusa, del corsé; luego las enaguas cayeron al suelo; las medias fueron arrojadas sobre una silla. El calor era sofocante; doña Felipa, ahogándose bajo la carnaza grasienta de sus cuarenta y cinco años, concluyó por quitarse la camisa. Y entonces aparecieron sus pechazos de nodriza, su vientre flácido, sus nalgas... En tal sazón, el maldito Joaquín, que tenía preparada una

jeringuilla cargada de agua fría, apretó el émbolo, lanzando un certero chorro sobre los riñones de doña Felipa, que lanzó un grito inolvidable. Nosotros, temiendo las iras de nuestra patrona, nos acostamos, ahogando los borbotones de la risa que nos llenaba el cuerpo. Un instante después doña Felipa penetraba en nuestro dormitorio y descubría los agujeros fatales. Al día siguiente, Joaquín y yo fuimos despedidos de la casa y mi familia recibió los siguientes renglones:

“Acabo de reñir con Luis. Es un niño libertino y vicioso á quien auguro un porvenir muy triste. El hecho que luego he de referir me ha probado que al grandísimo granujón ya le gustan las mujeres desnudas. Etc...”

En esto, sin duda, se funda la predicción de mi madre.

Félix Recio

APARTADO 547

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

EST. TIPOGRÁFICO DE EL LIBERAL

